

A propósito de los adjetivos latinos en -ui-

XAVERIO BALLESTER
Universitat de València

Es hasta cierto punto una singularidad del latín el que presente adjetivos con tema en *-ui-*, donde otras lenguas indoeuropeas presentan claramente temas en *-u*. Así, al latín *brevis* ‘corto’ podría responder el griego con *βραχύς* o el avéstico con *mərəzu-*; al latín *gravis* ‘pesado, grave’ correspondería con un tema en *-u* el griego *βαρύς*, el sánscrito *gurúḥ* o el gótico *kaurus*; a un latino *levis* ‘ligero’ corresponderían formas como antiguo eslávico *лгъ-къ*, griego *ἐλαχύς* o sánscrito *laghúḥ*; a *suavis* ‘dulce’ unos griego *ἡδύς* o sánscrito *svādúḥ* (masc.) y *svādvī* (fem.); y a *tenuis* ‘delgado, fino’ unos antiguo eslávico *тънъ-къ* o sánscrito *tanúḥ*, manifestando aun formaciones diversas, aunque igual significado, el lituano dialectal *tenvas* o el irlandés *tana*, este probablemente sin *-u*. Quizá aun el latino *pinguis* ‘graso’ pertenezca a este grupo si es que tiene alguna relación con el hitita *panku* ‘completo, en masa’. De modo que frente al *-ui-* de algunos adjetivos latinos (*tenuis*) un buen número de lenguas indoeuropeas presenta sólo *-u-* (sánscrito *tanúḥ*) o eventualmente *-ua-* (lit. *tenvas*) e incluso *-a-* (irl. *tana*), siendo rara y nunca completa la posible correspondencia en *-ui-* (sánscr. *svādvī* fem.).

Comenzando nuestro examen por los adjetivos indoeuropeos en *-u*, diremos que parece aquí bastante evidente que *-u* constituye una suerte de elemento adicional y no formando parte de la raíz. En efecto, *-u*, por ejemplo, falta en otras formas bien cercanas de la misma raíz como en los comparativos griego *ἡδίω* para *ἡδύς* o sánscrito *svādīyān* para *svādúḥ*, donde no hay restos de *-u*; a veces incluso *-u* no se da en todos los casos del correspondiente paradigma en las diversas lenguas indoeuropeas. Además *-u* alterna con otros elementos según las lenguas, como vimos con probabilidad en irlandés *tana*, e incluso dentro de una misma lengua, como veremos, sobre todo en algunos substantivos (lat. ‘casa’ *domus*, *-ūs* y *domus*, *-ī*). Ahora bien, este mismo elemento *-u-* estaría muy probablemente también recogido en los correspondientes adjetivos latinos (*ten-u-*), sólo que, como un hecho muy característico del latín, esta lengua se ha provisto adicionalmente de otro elemento *-i-* (*ten-u-i-*), un elemento que, en principio, parece más accesible.

FORMA[NTE]S DE MUJER

En efecto, ya en otro lugar nos hemos ocupado de argumentar la propuesta de que un buen contingente de nombres —substantivos y adjetivos— indoeuropeos de los denominados temas en *-i* no representarían más que antiguos diminutivos marcados precisamente con esa vocal, así en formas cuales **ausis* ‘oreja’ (cfr. los también diminutivos esp. *oreja*; lat. *auricula*), **hauis* ‘oveja’ (cfr. ant. esl. *овѣца*; esp. *oveja*) o **saulis* (cfr. ant. esl. *слѣнце*; franc. *soleil*), por citar sólo unos pocos ejemplos. Aquí únicamente añadiremos, por resultar pertinente a la cuestión que ahora nos ocupa, algún otro argumento a los ya en su día expuestos, comenzando por la frecuente asociación de /i/ o afín timbre vocálico coronal (Vⁱ) a la pequeñez, como ya viera Bonfante (1986: 181ss): “certain sounds are frequently [...] associated with certain meanings, although no onomatopoeia whatever can be discovered [...] the Italian words for ‘child’ and ‘little’ on the maps of the Italian Linguistic Atlas [...] offer a certain resemblance [...] *pit-*, *pik-*, *pič-*, *čit-*, *čik-*, *nik-*, *čuk-*, *tsik-*: the vowel is *-i-* (less frequently *-u-*) [...] The same can be frequently noticed in other languages: Latin *pitinnus*, *putillus*, *pusinnus*, *pisinnus*, French *petit*, Spanish *niño*, *chico*, *pequeño* [...] English *little*, *chick*, *kid*, *kitten*, *dinky*, *teeny-weeny*, *wee*, Romanian *mic*, Greek *μικρός*”. Forma[cione]s muy afines podrían también, por supuesto, encontrarse sin demasiada dificultad fuera del ámbito indoeuropeo prácticamente por todas las lenguas. En finés encontraríamos un indeclinable *pikku* ‘pequeño’ (Abondolo 1998: 156), y en navajo un *-chil[í]* ‘pequeño’ (Campbell 2000: 1200). También el español de Paraguay posee un diminutivo en *-í* copiado del guaraní, como en *rancho-í* (Sala 1998: 218). Quizá el extraño sufijo de femenino *-it* del amárico en formas como *andit* ‘[una] pequeña’ sobre *and* ‘uno’ o *arogit* ‘viej[ecit]a’ sobre *aroge* ‘viejo’ (Hudson 1998: 464) podrían también ahora explicarse por la presencia de un *-i-* diminutivo.

Por otra parte, ese adicional elemento latino *-i* podría ser también el mismo que se da en algunos adjetivos femeninos en otras lenguas indoeuropeas, ora de modo adicional como en el tipo sánscrito *svādvī* ‘dulce’ (fem.), donde —decíamos— tendríamos muy probablemente un correlato de la secuencia latina *-ui-*, ora independientemente como en el modelo lituano *platus* (masc.), *plati* (fem.) ‘ancho’ o griego *πλατύς* (masc.), *πλατεῖα* (fem.), *πλατύ* (neutr.) ‘ancho’. En suma, también aquí la hipótesis más obvia consiste en considerar que la adicional *-i* de los adjetivos latinos, así como la *-i*, adicional o no, de otros adjetivos indoeuropeos podrían en última instancia ser la misma cosa: una original marca de diminutivo, secundaria y metonímicamente devenida marca de femenino en algunas lenguas.

BUENO, BONITO Y DIMINUTO

Desde luego, ha de decirse que relaciones entre género y diminutivo están bien documentadas en muchas lenguas. En el importante conjunto lingüístico niger-cordofano, por ejemplo, “allocation of nouns to genders largely relies on typically derivational notions or distinctions, such as augmentative, diminutive, concrete vs.

abstract, tree vs. fruit, etc.” (Creissels 2000: 243). En amárico, animales pequeños como el ratón toman el género femenino como reflejo del diminutivo (Hudson 1997: 463). En realidad, en amárico género y tamaño se interfieren creando una oposición normal / masculino frente a diminutivo / femenino, lo que puede incidir en la concordancia, de modo que un masculino puede tomar concordancia femenina si se pretende subrayar su pequeño tamaño, e inversamente regulares femeninos como ‘luna’ o ‘estrella’ pueden aparecer como masculinos para subrayar su extraordinaria magnitud (Campbell 2000: 73). Aunque *prima facie* todo ello pueda resultar bastante extraño, en el fondo lo último no es demasiado distinto del uso coloquial español por el que un femenino adopta el aumentativo masculino —no el femenino— para subrayar su carácter enorme o descomunal, así *parada* (fem.) pero *paradón* (masc.) o *película* (fem.) pero *peliculón* (masc.). Ahora bien, lo que notoriamente faltaría en español es el inverso paralelo de un masculino *travestido* de diminutivo femenino para enfatizar su pequeñez, como, por ejemplo, *hombre* (masc.) pero ***hombrita* (fem.) para unos enanos pero mujeriegos Pin y Pon o *caballo* (masc.) pero ***caballita* (fem.) para un minúsculo, pero muy machote *pony*.

Congruente con aquella básica asociación de lo diminutivo y lo femenino son otros parcialmente análogos fenómenos lingüísticos. El mongol, que como tantas lenguas aglutinantes no dispone de género gramatical, utiliza el diminutivo de ‘hijo’ (*xHH*) para indicar ‘hija, muchacha’ (*xHH-xeH*), de modo que esta forma es literalmente ‘hijito’ (Peyró 2000: 193). Como en tantos otros casos, una metonimia real, cual es la asociación entre lo femenino y lo comparativamente pequeño, puede imbricarse con otras, cuales la asociación entre lo femenino y lo bello, y consecuentemente entre lo bello y lo pequeño. Esto explicaría también por qué el diminutivo de ‘bueno’ ha dado ‘bonito’, es decir, ‘bello’ no sólo en español (o valenciano *bonico*), sino también en latín (*bonus – bellus*) o en mongol (*sajn – saj-xaj*; Peyró 2000: 193). El sentido positivo de lo femenino explica además otras concatenaciones metonímicas que a la larga suelen acabar siendo simplemente sentidas por el hablante como útiles sinestesias. El mapuche, que no dispone de género, emplea, como tantas lenguas aislantes, el léxico, especialmente ‘hombre’ (*wentru*) y ‘mujer’ (*domo*) para indicar el sexo cuando se estima necesario; ahora bien, si aplicadas a entidades asexuadas, tales calificaciones tienen connotaciones cualitativas, de modo que, por ejemplo, *wentru kal* será ‘lana basta’ y *domo kal* ‘lana fina’ (Campbell 2000: 1082).

Otra prueba de las interferencias entre género y magnitud[*initivo*] —diminutivo o aumentativo— podría encontrarse en aquellas lenguas donde a una marca de este tipo corresponde invariablemente un género determinado, así, sin literalmente ir más lejos, en alemán a los sufijos diminutivos *-chen* y *-lein* (*nota bene*: compuestos sólo con fonemas coronales) corresponde siempre el género neutro, como en *das Mädchen* ‘la muchach[it]a’, por más que normalmente la teutona en cuestión bien poco pueda tener de asexuada. Parecidamente en macedonio el aumentativo *-ište* es neutro (Friedman 1993: 282). Así, el hecho de que algunas otras lenguas, como el joisánido nama, utilicen sincrónicamente el cambio de género para marcar una sensible diferencia respecto al tamaño normal (Campbell 2000: 1191), sugiere que antiguos au-

mentativos o diminutivos puedan estar detrás de estos sincrónicamente tan bizarros expedientes.

VARONCETES Y DAMISELAS

Anticipando los resultados de nuestro examen, digamos que en relación al elemento *-u-* quedarían dos básicas posibilidades, ya que podría tratarse tanto de un aumentativo cuanto de un diminutivo. La hipótesis aumentativa tiene su apoyo en la documentación interlingüística, ya que en muchas lenguas */u/* o afines timbres vocálicos constituyen el referente contrario de */i/*, y puesto que */i/* se asocia a lo diminutivo, femenino, cercano o nociones similares, */u/* suele entonces asociarse a lo aumentativo, masculino o lejano. Así, por ejemplo, en el verbo georgiano encontramos a veces “una vocal que significa, si es *i*, referencia al objeto del verbo, y si es *u*, algo alejado” (Tovar 1997: 130), tal como parecidamente en sindio tenemos *hī* ‘este’ y *hū* ‘ese’ (Campbell 2000: 1501).

La aparente explicación de estas curiosas contingencias debe de radicar, otra vez, en una elemental conexión entre lo agudo —como */i/* o todo lo coronal— con lo agudo – pequeño – delgado – débil – afectivo – positivo – claro..., y entre lo grave — como */u/* o todo lo labial— con lo grave – grande – redondo – fuerte – temido – negativo – obscuro... Al ser */i/* caracterizada como pequeña frente a la grande */u/*, la primera tiende a asociarse a lo diminutivo y la segunda a lo aumentativo. Y al ser */i/* caracterizada como débil frente a la fuerte */u/*, la primera tiende a asociarse a lo femenino y la segunda a lo masculino. En el ticúo encontramos *abaya* ‘hermana mayor’ pero *abawa* ‘hermano mayor’ (Nurse 1982: 129). Una pareja como la maltesa *hija* [ijja] ‘ella’ – *huwa* [uwwa] ‘él’ da la impresión de ser más *natural* que lo que sería esa misma pareja pero con los significados intercambiados. En afroasiático */i/* se asocia de modo general con el femenino en varias formas pronominales, a menudo en contraste con una */u/* masculina (Appleyard 1999: 295s). También en las modernas lenguas árabigas meridionales se producen alternancias vocálicas con *V^a* para el masculino y *Vⁱ* para el femenino (Lonnet & Simeone 1997: 353). No parecerá ahora tan desmotivado el fenómeno de la *imala* árabiga o anteriorización de */a/* y que suele llegar a */i/* en muchos casos, resultando ello especialmente característico del hablar de las féminas (Kaye 1997: 198). En última instancia la misma asociación entre lo femenino y lo agudo explicaría también otros fenómenos diastráticos diversos, cuales diferencias fonomorfológicas entre varoncetes y damiselas, asociándose en general lo agudo a lo femenino. Así en nahua, a diferencia de los varones, las mujeres no utilizan la marca *-e* para el vocativo, sino que expresan esa función mediante la elevación de tono en la sílaba final (Hernández 1997: 27). También, en muchas lenguas índicas *Vⁱ* ha quedado casi establecido como marca de género; así en asamés *-[n]i* es marcador femenino (*burha* ‘viejo’ – *burhi* ‘vieja’; Campbell 2000: 131), como parecidamente en bengalí (*buṛa* ‘viejo’ – *buṛi* ‘vieja’; Campbell 2000: 229). Igualmente */i/* marca de modo general lo femenino en las lenguas dárdicas (Campbell 2000: 464), así en guotapurio encontramos parejas cuales *kucur* ‘perro’ – *kicir* ‘perra’, *kukur* ‘gallo’ – *kikir* ‘gallina’

o *uštur* ‘camello’ – *uštir* ‘camella’ (Campbell 2000: 465), notoriamente, como vemos, frente a /u/, mientras que en cachemir prácticamente todos los nombres con tema en consonante palatalizada son femeninos (Campbell 2000: 863). Mas no hay que subirse a las montañas del Himalaya para encontrar otros muchos ejemplos similares: en el ámbito eslávico es bien patente la asociación de /i/ (y de las consonantes palatalizadas) a lo femenino en los temas nominales, donde los en *-i* son de modo general femeninos. En fin, en avar encontramos [i] y [j] como índices clasificadores femeninos frente a [u] y [b] como índices masculinos (Tovar 1997: 130). Tras estos antecedentes parecerá ahora más *natural* el modelo lituano de tantos adjetivos con *-u* para masculinos e *-i* para femeninos. Diminutivos y aumentativos, por otra parte, pueden emplearse para marcar adjetivos tanto nominales (*bocón* de *boca*) cuanto verbales (*mandón* de *mandar*).

En el supuesto precedente, por tanto, una forma como la latina *ten-u-is* significaría etimológicamente algo así como ‘delgad-ot-ito’, con una secuencia de elementos aumentativo *-u-* y diminutivo *-i-* comparables a nuestros *-ot* e *-it* (con también *V^u* y *Vⁱ*, por cierto). Un tipo este de secuencias *híbridas* que, aunque no frecuente, ciertamente no falta en el habla expresiva (*cabezotico*, *gordoncete*... muy usual son los valencianos *chic-ot-et* o *chic-ot-iu* ‘pequeñ[it]o’) e incluso parecería estar documentada en la toponimia (*Castejón*, *Torrejón*).

DE LA M... AL MIMO

Sin embargo, esta del aumentativo no es la única hipótesis que puede ofrecerse sobre la /u/ de estas formas adjetivales, sino —literalmente— todo lo contrario. Resulta, en efecto, que en no todas las lenguas /u/ o lo labial se asocia automáticamente a lo aumentativo, sino que —en aparente flagrante paradoja— se asocia también a lo diminut[iv]o. Y no hay que escandalizarse por ello. Las lenguas, de hecho, ofrecen multitud de fenómenos paradójicos, por la sencilla y fundamental razón de que los hablantes son también paradójicos y contradictorios, máxime cuando, como en la lengua, juegan a varias *bandas*. La locución medieval latina *seruus seruōrum* algo así como ‘el primero de los esclavos’ es léxicamente una proclama de humildad, pero morfológicamente un arrebató de soberbia. También resulta paradójica la coexistencia en español de un mismo segmento morfológico indicando, por un lado y operativamente, aumentativos (*cabezón*, *mandón*...) y, por otro lado, aunque ya sólo residualmente, diminutivos (*cañamón*, *ratón*...). Morfológicamente es también en principio paradójica la presencia de híbridos como *cabezotico* o *gordoncete*. Es, por otra parte, conocido el hecho de que las palabras acaban a veces significando prácticamente lo contrario de lo que originalmente querían significar. Un caso curioso lo constituye la palabra rumana *desmierdător* ‘mimoso, cariñoso’, palabra poética por excelencia y usadísima en las baladas populares, un compuesto sin duda sobre el prefijo privativo latino *dis* y sobre *merda* y que ha recibido aquel significado probablemente a partir de los contiguos cariño y mimo con los cuales las madres limpiaban los culitos de sus bebés (Cortés 1955: 242, n. 11).

La circunstancia de que tanto /u/ y lo labial cuanto /i/ y lo coronal puedan asociarse a lo diminutivo, radica verosíblemente en una singularidad fonoacústica —también paradójica— del humano hablar, que es, desde este punto de *oída*, no binario sino ternario, ya que aparece dividido en tres grandes pero disímiles conjuntos, el labial (/u m w p b f...), el coronal (/i n j t d s l r.../) y el gutural (/a ŋ h k g x ʔ.../), de modo que el contraste básico, que como todo contraste básico es sí —he aquí la paradoja— binario, puede establecerse entre lo compacto —es decir, entre lo gutural— y lo difuso —es decir, entre lo coronal–labial. Como prueba de ello, baste aquí aducir que, en las lenguas con armonía vocálica, no infrecuentemente /i u/ y afines conforman un segmento frente a /a/ y su séquito, como, por ejemplo, en chucchi o guillaco (Greenberg 2000: 40ss). Consecuentemente V^u puede, como elemento difuso, conformar diminutivos, tal es, por ejemplo, el caso del brahui con *-ū* como marca de diminutivo, así en *gōsū* ‘becerrito’ o *piššū* ‘gatito’ (Elfenbein 1997: 799). También en ñagasano el sufijo del diminutivo regular termina en *-u*, como en *kubaʔku* ‘pielecita’, frente al regular sufijo del aumentativo y que termina en *-a*, como en *kubarbaʔa* ‘pielota’ (Helimski 1998: 509). En tal caso, el secundario contraste entre lo coronal y lo labial puede o neutralizarse o emplearse para otras asociaciones, como, por ejemplo, agudo – grave, delgado – redondo, débil – fuerte, obscuro – claro, masculino – femenino... mientras que Vⁱ y V^u puedan conjuntamente seguir marcando, por ejemplo, lo diminutivo frente V^a.

En el supuesto precedente, por tanto, una forma como la latina *ten–u–is* contendría etimológicamente dos marcas distintas de diminutivo como ‘delgad–in–ito’. Esta nos parece una opción muy preferible a la anterior por las razones que a continuación exponemos.

GRANDÍN Y PEQUEÑÓN

En primer lugar, ciertamente en el caso de los latinos *tenuis* y afines, la hipótesis de un componente *-u-* aumentativo colisiona con la semántica de la mayor parte de los adjetivos implicados, pues formas como ‘breve’, ‘delgado’, ‘dulce’ o ‘ligero’, por su esencial sentido positivo, parecen más propensas a recibir marcas de diminutivos afectivos que de aumentativos, y de hecho, según nuestra anterior propuesta, contendrían al menos una marca diminutiva, la del elemento *-i*. En efecto, como señala Peyró (2000: 192), los diminutivos suelen preferirse en los términos epidícticamente cercanos o positivos y agradables. Ello predice que de modo general términos cuales, por ejemplo, ‘cerquita’ o ‘limpito’ se darán en las lenguas con más frecuencia que ‘lejitos’ o ‘sucito’. Un *grayyib* ‘cerquita’ tenemos, por ejemplo, en los dialectos arábigos (Kaye & Rosenhouse 1997: 284). Un *ahorita* encontramos muy a menudo en el ámbito hispánico, mientras que en tan amplio espectro lingüístico, en cambio, un ***entoncitos* o un ***despuesitos* no están —que sepamos— documentados.

Lo normal, pues, es que los diminutivos tengan connotaciones positivas y afectivas, como sucede en la mayoría de los diminutivos europeos o con *-akak* en tallico

(Rastorgueva 1992: 34), e incluso puede resultar esa su función principal como probablemente en los dialectos arábigos del norte de África, especialmente entre las mujeres (Kaye & Rosenhouse 1997: 284). Sin embargo, lógicamente la concatenación asociativa será diferente según las lenguas. El mansio tiene un diminutivo afectivo en $-k^ve$, como en *piy-kwe* ‘chavalín’, y un diminutivo despectivo en $-ris^j$, como en *piy-ris^j* ‘chavalucho’ (Keresztes 1998: 413). En español, como vemos, $-uch-$ es casi más despectivo que diminutivo. También en el quichua ecuatoriano tenemos diminutivos-afectivos y aumentativos-despectivos (Catta 1994: 27) como en muchas lenguas europeas, así en búlgaro en formas como *bébence* ‘bebido’ y *ženište* ‘mujerona’ (Scatton 1993: 220). En japonés hay prefijos —varios además— diferentes para diminutivos, aumentativos y afectivos (Ishihara 1985: 39). También sufijos diferentes para diminutivos ($-cha$), aumentativos ($-lu$) y despectivos ($-ka$) encontramos en quechua (Calvo 1995: 38). El particular contexto cultural y axiológico de cada lengua determinará los correspondientes matices, así en morduo *ordakš-ke*, diminutivo formal de *ordakš* ‘sensible’, significa ‘caprichoso’ (Zaicz 1998: 202). En español, por ejemplo, *listillo*, aunque formalmente un diminutivo de *listo*, tiene, en cambio, el sentido peyorativo de ‘astuto, sabiondo’. En japonés, *shōgakkō*, diminutivo formal de *gakkō* ‘escuela’, es la ‘escuela primaria’ (Ishihara 1985: 39). Por otra lado, hay, por supuesto, lenguas que ni siquiera cuentan con un diminutivo, como el lesguiano (Haspelmath 1993: 562).

En cualquier caso, los referentes de tamaño pequeño son sin más muy propensos a los diminutivos, como *glayyil* ‘poquito’ y *óuyayyar* o *zyayruun* ‘pequeñito’ en los diversos dialectos arábigos (Kaye & Rosenhouse 1997: 284), de modo que para nociones por naturaleza pequeñas o positivas como ‘corto’, ‘delgado’, ‘dulce’ o ‘ligero’ es, en principio, menos previsible un aumentativo que un diminutivo. La misma etimología de nuestro *delgado* —del latín *dēlicātus*— evidencia las connotaciones positivas del concepto. Inversamente, en cambio, referentes por naturaleza grandes o negativos, cuales ‘alto’, ‘grande’, ‘gordo’ o ‘pesado’, también suelen recibir diminutivos. Es decir, es más usual que las lenguas empleen expresiones diminutivas cuales ‘altito’, ‘grandecito’, ‘gordito’ o ‘pesadito’ que la circunstancia de que estas mismas lenguas empleen aumentativos para nociones por naturaleza pequeñas o positivas cuales ‘cortón’, ‘delgadón’, ‘dulzón’ o ‘ligerón’. No infrecuentemente, por tanto, lo grande puede presentarse con diminutivos, e incluso lo malo con afectivos. La actual forma lituana para ‘grande’ *didelis* es formalmente un diminutivo que ha venido substituyendo a una forma anterior, *didis*, con probabilidad también etimológicamente un diminutivo. Asimismo el latín registra un diminutivo *grandiculus* para *grandis* ‘grande’, otro potencial antiguo diminutivo en $-i$. En quechua encontramos *hatun-cha* ‘grandecito’ (Calvo 1995: 38) y en el quichua ecuatoriano *jatunllazitu* ‘grandecito’ (Catta 1994: 27). En véneto encontramos *ma[l]èto*, diminutivo con el sentido de ‘un poco mal’ (Belloni 1991: 74), y en mansio *l'uul^l-k^we* ‘malete’ (Keresztes 1998: 414). Numerosos ejemplos afines justificarían, por tanto, la admisión de un valor igualmente diminutivo para el latín *gravis* ‘pesado’, forma que, por otra parte, también puede y suele tener una connotación positiva de ‘serio, importante’. Sucede además que, como mejor perceptible, lo grande y desarrollado es con frecuencia lo lingüísticamente mar-

cado: *Cuán viejo* o *cuán alto* preguntan los ingleses (*how old, how tall*) y no, aunque en teoría igualmente podrían hacerlo, *cuán joven* o *cuán bajo*. También en la lengua se aplica a menudo aquel principio de *caballo grande, ande o no ande*.

HIPERELOGIO DE LA EXAGERACIÓN

Los adjetivos latinos en *-ui* podrían, pues, contener junto a *-i* un adicional —y diacrónicamente previo— componente diminutivo *-u-*, y además notoriamente faltarían para estos adjetivos, como para otros muchos adjetivos indoeuropeos, las correspondientes formas etimológicamente no diminutivas, es decir, morfológicamente tendríamos en muchos caso sólo *delgad-ito* y ya no *delgado*. Esto no puede sorprender, pues fenómenos análogos suceden en otras muchas lenguas. En lituano contemporáneo no hay otra forma de decir ‘grande’ que utilizando lo que, como veíamos, es formalmente un diminutivo. Por citar un ejemplo más afín, en maltés el adjetivo ‘delgado’ *dghif* ha caído en desuso y en su lugar se emplea regularmente el diminutivo *dghajjef* (Aquilina 1987: 62).

Tipológicamente, además, la hipótesis de ver en los adjetivos latinos en *-ui* sólo componentes diminutivos resulta también una opción más preferible por el hecho de que precisamente la hipercharacterización etimológica constituye un distintivo muy notable para diminutivos y aumentativos, mientras que la concatenación híbrida de uno y otro es mucho menos usual. Estas hipercharacterizaciones se producen tanto diacrónicamente (*abuelita, ovejita, periquito*) cuanto —con alguna menor frecuencia— sincrónicamente, así tenemos formas como nuestros *mamita, papito*, un *pisinin* ‘pequeñín’ en véneto o una *mamiticuhuala* ‘mamita’ en quichua ecuatoriano (Catta 1994: 27). En sardo un mismo sufijo diminutivo (*-eddu*) puede en ocasiones repetirse hasta tres veces, así en *azigheddeddeddu* ‘poquitito’ y *minorededdeddu* ‘pequeñísimo’ (Pittau 1991: 80). Naturalmente el latín tampoco fue inmune a este distintivo, baste citar *catullus* ‘cachorro’ (y el andrónimo *Catullus*), que no debe de ser más que la hipercharacterización del ya diminutivo *catulus* (y de *Catulus*), o una *pūpilla* sobre el ya diminutivo morfológico *pūpula* ‘muñeca’ (Ernout & Meillet 1979: 546). Ciertamente en razón de su pequeñez la negra pupila es un *blanco* perfecto ya para diminutivos hipercharacterizados, así vascuence *ñiñika* o *ñiñiko* con, como vemos, además palatalización expresiva (Michelena 1990: 183), ya para diminutivos (¡y femeninos!) sin más, como en estos ejemplos que Bonfante (1986: 200) toma de los dialectos italianos: *ancalédđa* ‘angelita’, *animetta* ‘ánimula’, *luccàlell^a* ‘luciernaguita’, *liineta* ‘luneta’, *madunena* ‘Señorita’, *palummell^a* ‘palomita’, *prunedđa* ‘ciruelita’, *puparella* ‘bolita’, *pūtina* ‘pequeñita’, *siñurell^a* ‘señorita’, *vetrella* ‘vidrilla’. Muchas de estas expresiones deben de estar motivadas por la imagen reflejada del interlocutor en la pupila, tal como revelaría locuciones como la de la lengua saliche *stchch²nuts*, literalmente ‘personita en ojo’ (Palmer 2000: 133).

Aquella característica hipercharacterización deriva muy probablemente del hecho de que diminutivos y aumentativos son típicas producciones estelares de esa

imprescindible factoría del habla —*ergo* y de las lenguas— que es la hipérbole. Las lenguas no pueden *vivir* sin hipérbole, porque no pueden *vivir* sin hablantes, y la hipérbole y la exageración pueden ser tan consubstanciales para el habla de estos como la hipérbole y el exceso para las películas de Pedro Almodóvar. Esto es así fundamentalmente por razones relacionadas con la economía, ya que lo exagerado es simplemente mucho más fácil de memorizar, tanto en lo sintagmático cuanto en lo paradigmático, por eso recordaremos antes expresiones cuales *montón*, *no cabía un alfiler o pata que mucho*, *estaba lleno o pierna*, expresión esta última a su vez etimológicamente hiperbólica por proceder del latín *perna* ‘pernil’. La hipérbole —por naturaleza fenómeno más metafórico que metonímico— representa un excelente *tónico* para la memoria. Hablar requiere un ingente gasto memorístico y para la memoria todo lo sorprendente, impactante o llamativo es más fácil de recordar. Y lo exagerado es llamativo, es impactante, es sorpresa, sorpresa. Ahora bien, como necesaria, la hipérbole es común, y como todo lo que es común, acaba desgastándose y perdiendo su original fuerza de impacto, como sucedió con *p[i]erna*. El papiamento heredó del holandés los muy palatales sufijos de diminutivo *-chi* e *-i*, así en *buki* ‘libr[it]o’, sin embargo, con el tiempo los hablantes han dejado de sentirlos como diminutivos por lo que, para expresar tal valor, suelen ahora recurrir a giros perifrásticos como *buki chikitu* (Munteanu 1996: 408), obviamente usando el *chiquito* español. Por razones muy afines los elementos lingüísticos hiperbólicos tienden a reciclarse continuamente recurriendo, entre otros expedientes, a la hipercaracterización, cual es notoriamente el caso de los diminutivos, aumentativos (*cabezorrón*) y superlativos (*requetebonísimo*).

Por último, el argumento de la reincidencia lingüística —el constatable hecho de que con el tiempo las lenguas acostumbran a volver a las *andadas*— apoyaría también la hipótesis diminutiva, pues en latín clásico encontramos ya diminutivos como *breuiculus*, *leuiculus*, *pinguiculus* y *tenuiculus* para *breuis*, *leuis*, *pinguis* y *tenuis* respectivamente, donde ha de notarse que etimológicamente los cuatro deben de estar hipercaracterizados (*breui-cu-lus*), una vez que en muchas lenguas —y no sólo las indoeuropeas— dos comunísimos formantes diminutivos son precisamente /k/ y /l/ (Vine 1998: 87ss). Para *grauis* nótese también al menos un *gravidulus* sobre *gravidus* ‘cargado’. Tal como en un determinado momento verosímilmente una forma como **tanu-* dejó de sentirse diminutiva y se hipercaracterizó etimológicamente —con probabilidad más bien diacrónica que sincrónicamente— en **tanui-*, así una forma como la latina *tenuis*, sin duda ya no sentida como un diminutivo, pudo reciclarse de nuevo en un diminutivo con *tenuiculus*. Y a volver a empezar.

MUJERCITAS (EN COLOR)

Por último, cabría aducir el testimonio indoeuropeo por la eventual relevancia que para la cuestión pueda tener. Al respecto se señalará la existencia en las lenguas indoeuropeas de un tema en *-u* paralelo, hasta cierto punto, al tema en *-i*. Algunas de estas formaciones son muy antiguas, pero a la hora de determinar su originario valor —ora aumentativo, ora diminutivo— en este u otros casos una dificultad adicional ra-

dica en el hecho de que los grupos léxicos susceptibles de recibir una u otra formación son normalmente los mismos o muy afines. Así, muchos adjetivos y substantivos, cuales nombres del cuerpo o somatónimos, son virtualmente muy buenos candidatos para recibir tanto marcas aumentativas cuanto diminutivas. La presencia de somatónimos entre los contingentes léxicos más afectados por este fenómeno hace sospechar que, aunque no sea patentemente el caso de las antiguas lenguas indoeuropeas, los nombres de colores puedan resultar también en otros conjuntos lingüísticos muy sensibles a este fenómeno, ya que de modo general es bastante común que los cromatónimos sigan patrones muy parecidos a los seguidos por los somatónimos. Citemos, en todo caso, ejemplos como *verdolin* ‘verdecito’ y *verdon* ‘verdote’ (Belloni 1991: 74), o bien *aḥaymir* ‘rojillo’ en los dialectos arábigos (Kaye & Rosenhouse 1997: 284) o *smajjar* ‘marroncito’ en maltés (Aquilina 1987: 62). De hecho el *amarillo* español no debe de ser otra cosa que un diminutivo formal sobre el latino *amarus* ‘amargo’ a partir de una metonimia todavía vigente en el español (‘se puso amarillo, se quedó amargo de dolor’...).

Más probable resulta la existencia de diminutivos, muchísimos, en los nombres parentelares, donde, en cambio, los aumentativos son raros. Es conocida, en efecto, la frecuencia de diminutivos en, por ejemplo, ámbito eslávicos, así, en ruso donde ‘abuelo’ (*déduška*) y ‘abuela’ (*bábuška*) son normalmente ya sólo empleados en su versión diminutiva (Timberlake 1993: 880). Frente al general **matar* ‘madre’ de las lenguas indoeuropeas (av. *mātār-*, gr. *μήτηρ*, irl. *máthir*, lat. *māter*), el común nominativo eslávico *mati* ‘madre’ debe de provenir también un diminutivo. En sardo el principal sufijo diminutivo (*-eddu*, *-edda*) iterado y con falso corte puede emplearse en el habla infantil para referirse a los hermanos pequeños: [*dde*]*déddu*, [*dde*]*dèdda* (Pittau 1991: 80s). En italiano meridional encontramos *fratello*, etimológicamente ‘hermanito’, para ‘primo’ en oposición a la forma no diminutiva *frate* ‘hermano’; más llamativa puede ser la forma siciliana /sur/iaḍḍu/ ‘primo’ diminutivo masculino de *sora* ‘hermana’ (Alinei 1996: 708s). Indudable diminutivo etimológico es también la forma lituana *brolis* ‘hermano’. En los dialectos arábigos encontramos *xayya* ‘hermanita’ además de los afines *bnita* ‘muchachita’, *wleed* ‘niñito’, *xwejjah* ‘viejecito’ e incluso *kleeb* ‘perrito’ (Kaye & Rosenhouse 1997: 284), que no será un nombre parentelar pero que en algunas casas es “como si fuera de la familia”. Lógicamente, en general lo humano es muy receptivo a lo diminutivo, así *iija-ŕa* ‘bebé, niñito/a’ sobre *iija* ‘niño/a’ en selcupo (Helimski 1998: 571). Los bosquimanos dui llaman literalmente ‘padrecito’ y ‘madrecita’ a tíos y tías (Silberbauer 1981: 177). El sufijo diminutivo *-po* (o *-pu* según los dialectos) del ainu —procedente, al parecer, del idéntico término *po* o *pu* ‘niño, hijo’— se da frecuentemente en la nomenclatura parentelar de esta lengua (Refsing 1986: 87, 159), así mismamente en *hapo* o *hapu* ‘madre’ o *matnepo* ‘hija’, literalmente ‘mujercita’ (Greenberg 2000: 273, 275). No extrañará encontrar algo muy parecido en japonés donde verosíblemente la palabra *ko* ‘niño’ es empleada como prefijo para marcar diminutivos (*inu* ‘perro’ – *koinu* ‘perrito’) y como sufijo para... ginecónimos, como en *Masako* o *Michiko* (Greenberg 2000: 60, 165), donde otra vez encontramos la habitual *couple* diminutivo – femenino. También en dumio la palabra *tsuŕu* ‘niño’ puede emplearse como sufijo diminutivo tanto para

nombre cuanto para adverbios (Van Driem 1983: 15, 79s). Significar no sólo ‘hija’ como en ainu sino también ‘muchacha’ diciendo literalmente ‘mujercita’ es bastante común, citemos aún el pipil *siwaɪ-pil* (Campbell 1985: 50). El término para ‘muchacha’ es, como venimos viendo, muy propicio para el diminutivo; el lituano *mergaite* ‘muchach[it]a’ es formalmente un diminutivo sobre *merga* ‘muchacha’, forma a la que ha desplazado en casi todos los usos.

EL NIÑO, LA SUEGRA, LA CASA Y LA CULEBRA

Pues bien, resulta que la existencia de nombres parentelares indoeuropeos siguiendo la flexión de los temas en *-u* sugiere, también aquí, un valor diminutivo para ese *-u*, máxime si, como es el caso, se hace referencia a seres pequeños, como ‘hijo’ **sunus* (ant. esl. *synъ*, gót. *sunus*, lit *sūnus*, sánscr. *sūnu-*), o femeninos, como ‘nuera’ **[s]nusus* (lat. *nurus*, *-ūs* frente a **[s]nusa[s]* en otras lenguas, como alb. *nuse* ‘esposa, prometida’; ant. alto al. *snura*; ant. esl. *snъxa*, gr. *νύς*, sánscr. *snuṣā-*) o incluso ‘suegra’ **suakurus* (lat. *socrus*, *-ūs*, mod. persa *χusrū*, sánscr. *śváśrū-* frente a **suakura[s]* en otras lenguas, como arm. *skesur*, ant. esl. *svetrъ*, gót. *swaihrō*, gr. *έκυρά*). Nótese además que en aquellos casos donde la misma raíz es empleada para referentes masculinos, como en el caso de ‘suegro’, faltaría notoriamente el testimonio de formas en *-u* (gr. *έκυρός*, lat. *socer*; lit. *šešuras*, sánscr. *śvāsura-*). Esto invita a su vez a suponer que la forma latina *anus*, *-ūs* ‘vieja’ (cfr. los diminutivos lat. *anicula*, *anicella*, *anula* o el gr. *άννις* ‘abuela’ tema en *-i* de esa misma raíz) haya podido también ser originalmente un diminutivo, como etimológicamente lo es la misma palabra *vieja* (con base en el lat. *uetula*). Un diminutivo de este tipo es frecuente en muchas lenguas, añadamos aún para ‘viejecita’ el testimonio maltés *xwejha* (Aquilina 1987: 63) o del pipil *lamah-tsin* (Campbell 1985: 50). En los dialectos griegos, que presentan un buen número de voces en *-u*, tampoco faltan estos temas en referencia a la parentela (*άμφύς* ‘papá’), ni, muy notoriamente, entre los antropónimos, estos a menudo acompañados —o hipercharacterizados— con formante *ll* diminutivo, como en *Θρασύλος* o *Πρατύλος* (Martínez 1996: 278).

Aun la existencia para la raíz indoeuropea **dam-* ‘casa’ de formas con tema en *-u* (lat. *domus*, *-ūs* o ant. esl. *domъ*) junto a formas con tema en *-a* (gr. *δόμος*, lat. *domus*, *-ī* o sánscr. *dāmah*) auspicia un posible valor diminutivo para *-u*, ya que ‘casa’ es un típico término afectivo, susceptible, por tanto, de recibir diminutivos metonímicos (como nuestro coloquial *choza* o lat. *casa* ‘cabaña’) o morfológicos (lat. *domuscula*), así tenemos ‘casita’ en el dumio *kim-tsu lu* (Van Driem 1983: 15, 79).

También los paralelismos entre los temas en *-i* y los temas en *-u* podrían mutuamente reforzar la hipótesis de una común base diminutiva para ambos. Aquí a las ya citadas formaciones adjetivales mixtas (con *-u* y con *-i*) que encontramos en las lenguas bálticas, helénicas o índicas, cabría añadir correspondencias como las que encontramos para una misma raíz entre griego *έγγελυς* ‘anguila’ y latín *anguis* ‘ser-

piente' (nótese que *anguilla* 'anguila' es literalmente su diminutivo), lituano *angis* o también griego $\epsilon\chi\iota\varsigma$ 'culebra'.

SERVICIO A LA CARTA

La eventual coexistencia de dos marcas diminutivas como serían /u/ e /i/, siempre en el supuesto de que estas se hubiesen dado simultáneamente en los antiguos dialectos indoeuropeos, no es problemática en absoluto. Más bien es, incluso sincrónicamente, lo esperable. Diminutivos y aumentativos constituyen un enorme *chollo* para las lenguas, al poder doblar potencialmente todo el léxico de una manera económica y, casi aun mejor, nítida en su significado (*ahorita*, *andandito*, *delgadito*, *niñito*...). Es normal que se usen mucho, pero normal también que a causa de su enorme [ab]uso tiendan a fosilizarse, perdiendo así su operativo carácter opcional para convertirse en obligatorios marcadores morfológicos (género, número, temas en *-i*, formaciones adjetivales...) o léxicos (*cartilla*, *bolsillo*...). Por ello resulta prudente repartir tan valiosa munición en diversas armas. De hecho, la mayoría de las lenguas poseen normalmente más de un morfema de diminutivo, no siendo raro que posean varios en dependencia de parámetros diastráticos, diatópicos o estilísticos. En España la procedencia de muchos castellanohablantes puede reconocerse por la diferente predilección de diminutivos: *-ej-*, *-et-*, *-ic-*, *-ill-*, *-in[-]*, *-iñ-*, *-it-*, *-uc-*, *-uch-*... En macedonio, una forma como, por ejemplo, *brat* 'hermano' puede recibir diminutivos cuales *bratče*, *brate*, *bratec*, *bratence*, *bratle*, *bratok* o *bratule* (Friedman 1993: 282) casi a gusto del consumidor. El armenio clásico podía emplear con [k] el triumvirato vocálico: *-ak*, *-ik*, *-uk*. En báltico encontraríamos una veintena de morfemas diminutivos nominales, sosteniendo Ambrazas (1993: 63) que aquellos con el segmento *-k-* conformarían el estrato más antiguo. Para *-ik-* podrían encontrarse formaciones paralelas en, como vimos, armenio y eslávico, griego, indo-iranio y probablemente en tochario (Ambrazas 1993: 48) y quizá en celtibérico. También en vascuence uno de los marcadores de diminutivo es *-ko*. Incluso para las lenguas indígenas de América se ha llegado a postular un general diminutivo con *k* o *ka* (Campbell 1998: 128). Greenberg (2000: 164–6) propone un diminutivo euroasiático /k/ con presencia reconocible al menos en ainú, camchadal, coreano, esquimal, túrcico o urálico, y apunta que la regular formación de ginecónimos en guillaco mediante el sufijo *-k* podría tener este mismo origen. Ciertamente, basta mencionar el lituano para dar testimonio de que los nombres de mujer —sobre todo los de las no casadas— pueden formarse a partir de diminutivos, pues a un señor *Jonaitis* corresponderá una hija *Jonaityte*. Esto hace sospechar que el formante femenino *-ka* de tantas lenguas eslávicas originariamente no haya sido más que el mismo formante diminutivo *-ka* de esas mismas tantas lenguas eslávicas, de suerte que, por ejemplo, la *cyganka* 'gitana' del polaco haya sido antes 'gitanita' para distinguirse de un entonces epiceno *cygan* 'gitano'.

En cuanto a la diferencia entre ambos diminutivos indoeuropeos, algunos indicios apuntan a que originalmente pudieron emplearse para referentes diferenciados por su aspecto. Ello no puede sorprender, ya que muchas lenguas utilizan el aspecto,

preferentemente tamaño y forma, como criterios morfológicos. Si tomamos como referencia el bien documentado modelo griego, como potencialmente indicadores de este carácter diminutivo pero —enfaticemos: como propuesta altamente hipotética y sólo ilustrativa— de aspecto redond[ead]o o cilíndrico podríamos tener testimonios (tomados de Chantraine 1979: 118–21) cuales βότρως ‘racimo’, γένυς ‘barbilla’ (gót. *kinnus*, sánscr. *hānuḥ*), γόνυ ‘rodilla’ (lat. *genū*), δάκρυ ‘lágrima’, δόρυ ‘lanza’, ἔγχελος ‘anguila’, ἐμός ‘tortuga [de agua dulce]’, ἰγνύς ‘jarrete’, ἰχθύς ‘pez’, κλέμμυς otra vez ‘tortuga’ (típico referente susceptible de recibir diminutivo, cfr. verbigracia pipil *a.yu.-tsin*; Campbell 1985: 50), κόκκως ‘cuello’, ὄσφύς ‘grupa’, ὄφρυς ‘ceja’, πῆχυς ‘codo’ (cfr. sánscr. *bāhū-*), ῥάπυς ‘naba’, σίκυς ‘pepino’, στάχυς ‘espiga’, χέλυς ‘tortuga’. A título de ilustración analógica, digamos que para el proto-bantú se reconstruye una clase de entidades redondas o abultadas y donde se incluirían, entre los términos concretos, formas como ‘estómago’ (cfr. gr. *νηδύς* ‘estómago’ *ἰ* y *δελφύς* ‘matriz?’), ‘lágrima’, ‘mejilla’ o ‘rodilla’, amén de abstractos como ‘voz’ (cfr. gr. *γῆρυς* ‘voz’ también tema en *-u*), ‘herencia’ y ‘otros’ (Palmer 2000: 160). También el haida dispone de una clase nominal para referentes redondos (Campbell 2000: 1248).

Por otra parte, el diminutivo es mucho más frecuente que el aumentativo no sólo intralingüísticamente (es decir, suele haber un número de marcas de diminutivo no inferior al de las aumentativas en una lengua dada), sino también interlingüísticamente. El sardo dispondría de al menos ocho sufijos diminutivos —algunos de los cuales pueden concatenarse para hipercaracterizar, como en *cadd-itt-eddu* ‘caballito’ sobre *caddu* ‘caballo’— frente a un solo sufijo general para el aumentativo y otro para el despectivo (Pittau 1991: 80–4). Aunque no poseemos datos concretos, aparentemente numerosas son las lenguas que poseen morfemas diminutivos, algunas como las bálticas o románicas destacando por su exuberancia, mientras que un buen número de esas mismas lenguas no dispondrían de aumentativos. Los casos de lenguas con aumentativos pero sin diminutivos deben de ser, si los hay, raros o excepcionales.

En conclusión: las formas latinas en *-ui* pueden muy bien representar una serie —probablemente diacrónica— de diminutivos, verificada cuando un más antiguo formante diminutivo en *-u* perdió su original fuerza, lo que propició una hipercaracterización en *-i*, que a su vez resultó ya no funcional para el latín de época clásica, provocando así que se crearan nuevos diminutivos. Acaso las especiales alofonía y fonotaxis del fonema /u/ en latín, sobre todo en posición interior (Touratier 1971, 1985), pudieron adicionalmente constituir una de las razones que propiciaron el reciclamiento de los antiguos diminutivos con /u/ mediante la incorporación de /i/. Quizá, en fin, hasta el momento no hayamos sabido valorar suficientemente la capacidad de los diminutivos para morfologizarse transformándose en diversas categorías, a veces tan capitales como el amable género femenino.

BIBLIOGRAFÍA

Abreviaturas

- Nostratic...* = SALMONS, J. C. & B. D. JOSEPH (eds.): *Nostratic. Sifting the Evidence*. Amsterdam–Filadelfia, 1998.
- Phonologies...* = KAYE, A. S. (ed.) & P. T. DANIELS (adv.): *Phonologies of Asia and Africa*, Indiana, 1997. II vols.
- The Semitic...* = HETZRON, R. (ed.): *The Semitic Languages*. Londres / N. York, 1997.
- The Slavonic...* = COMRIE, B. & G.G. CORBETT: *The Slavonic Languages*. Londres–N. York, 1993.
- The Uralic...* = ABONDOLO, D. (ed.): *The Uralic Languages*. Londres / N. York, 1998.

Referencias

- ABONDOLO, D.: "Finnish", *The Uralic...* 149–183.
- ALINEI, M.: *Origini delle lingue d'Europa. I. La Teoria della Continuità*. Bolonia, 1996.
- AMBRAZAS, S.: "On the development of diminutives in the Baltic languages". *Linguistica Baltica* 2 (1993), 47–67.
- APPLEYARD, D.: "Afroasiatic and the Nostratic hypothesis". En C. Renfrew & D. Nettle (eds.): *Nostratic: Examining a Linguistic Macrofamily*. Cambridge, 1999, 289–314.
- AQUILINA, J.: *Maltese*. La Valeta 1987 (= 1965).
- BELLONI, S.: *Grammatica Veneta*. Este, 1991.
- BONFANTE, G.: *Scritti Scelti I. Metodologia e indoeuropeo*. R. Gendre cur., Turín, 1986.
- CAMPBELL, G. L.: *Compendium of the World's Languages. Second Edition*. Londres / N York, 2000, II vols.
- CAMPBELL, L.: *The Pipil Language of El Salvador*. Berlín / N. York / Amsterdam, 1985.
- "Nostratic: a Personal Assessment". *Nostratic...* 107–52.
- CATTA Q., P. J.: *Gramática del Quichua Ecuatoriano*. Quito, 1994.
- CHANTRAINE, P.: *La formation des noms en grec ancien*. París, 1979.
- CORTÉS, L. L.: *Antología de la Poesía Popular Rumana. Edición Bilingüe con un Estudio Preliminar y Notas*. Salamanca 1955.
- CREISSELS, D.: "Typology". En B. Heine & D. Nurse (eds.), *African Languages. An Introduction*. Cambridge, 2000, 231–58.
- ELFENBEIN, J.: "Brahui Phonology". *Phonologies...* 797–811.
- ERNOUT, A. & A. MEILLET: *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*. París, 1979⁴.
- FRIEDMAN, V. A.: "Macedonian". *The Slavonic...* 249–305.
- HASPELMATH, M.: *A Grammar of Lezgian*. Berlín / N. York, 1993.
- HELIŃSKI, E.: "Nganasan". *The Uralic...* 480–515.
- "Selkup". *The Uralic...* 548–79.
- HERNÁNDEZ SACRISTÁN, C.: *Introducción a la Lengua y Cultura Nahuas*. Valencia, 1997.
- HUDSON, G.: "Amharic and Argobba". *The Semitic...* 457–85.
- ISHIHARA, T.: *Gramática Moderna de la Lengua Japonesa*. Madrid, 1985.
- GREENBERG, J. H.: *Indo-European and Its Closest Relatives. Volume I. Grammar*. Stanford, 2000.
- KAYE, A. S.: "Arabic Phonology". *Phonologies...* 186–204.
- KAYE, A. S. & J. ROSENHOUSE: "Arabic Dialects and Maltese". *The Semitic...* 263–311.

- KERESZTES, L.: "Mansi". *The Uralic...* 387–427.
- LONNET, A. & M. C. SIMEONE-SENELLE: "La phonologie des langues sudarabiques modernes". *Phonologies...* 337–72.
- MARTÍNEZ GARCÍA, F. J.: *Los nombres en -v del griego*. Francforte del Meno, 1996.
- MICHELENA, L. *Fonética Histórica Vasca*. San Sebastián, 1990.
- MONTEANU, D.: *El Papiamento, Lengua Criolla Hispánica*. Madrid, 1996.
- NURSE, D.: "The Swahili Dialects of Somalia and the Northern Kenya Coast". En M.–F. Rombi (ed.): *Études sur le Bantu Oriental (Comores, Tanzanie, Somalie et Kenya). Dialectologie et classification*. París, 1982, 73–146.
- PALMER, G. B.: *Lingüística Cultural*, tr. E. Bernárdez. Madrid 2000.
- PEYRÓ GARCÍA, M.: *Introducción a la Lengua Mongol (Mongol Jalja Cirílico)*. Granada, 2000.
- PITTAU, M.: *Grammatica della Lingua Sarda*. Sassari, 1991.
- RASTORGUEVA, V. S.: *A Short Sketch of Tajik Grammar*, tr. H.H. Paper. Indiana, 1992.
- REFSING, K.: *The Ainu Language. The Morphologie and Syntax of the Shizunai Dialect*. Aarhus, 1986.
- SALA, M.: *Lenguas en Contacto*. Madrid 1998².
- SCATTON, E. A.: "Bulgarian". *The Slavonic...* 188–248.
- SILBERBAUER, G.: *Cazadores del Desierto. Cazadores y hábitat en el desierto de Kalahari*, tr. L. Porta. Barcelona 1981.
- TIMBERLAKE, A.: "Russian". *The Slavonic...* 827–86.
- TOURATIER, C.: "Statut phonologique de *qu* et *d gu* en latin classique". *Bulletin de la Société de Linguistique* 66 (1971), 229–66.
- "Contribution informatique à l'analyse phonologique de *u* en latin". *Revue Informatique et Statistique dans les Sciences humaines* 21 (1985), 233–45.
- TOVAR, A.: *Estudios de Tipología Lingüística. Sobre el euskera, el español y otras lenguas del Viejo y Nuevo Mundo*, ed. J. Bustamante. Madrid, 1997.
- VAN DRIEM, G.: *A Grammar of Dumi*. Berlín / N. York, 1993.
- VINE, B.: "Indo-European and Nostratic: Some Further Comments (A Response to 'Exploring the Nostratic Hypothesis')". *Nostratic...* 85–105.
- ZAJCZ, G.: "Mordva". *The Uralic...* 184–218.